



CADIZ SERÁ CADIZ

EL Protocolo Franco-Perón coloca en primer plano de actualidad a la "Tacita de Plata", que, como en los dos pasados siglos volverá a ser nuestra "antesala de América y para los americanos la casa-puerta—para usar un vocablo bien gaditano—de España.

¡Maravilloso el Cádiz del siglo XVIII! Entonces sí que fué realidad en emporio del Orbe que soñó fray Gerónimo de la Concepción en su *Cádiz ilustrada*; bosque de mástiles con banderas al viento de todas las naciones; escritorios de armadores y comerciantes, y casas de banca cuyas iniciativas hicieron temblar en más de una ocasión a banqueros de la City londinense; gentes de todas las razas por calles aromadas de productos y frutos ultramarinos..., que por galicismo llamamos después coloniales; enjambre de navíos y fragatas fondeados en la bahía, y, cuando no entrada o salida de flotas, el continuo tráfico de aportar y zarpar barcos sueltos, que a final del siglo ya no serían *del registro*, sino cualesquiera por haber sido, al fin, declarado el comercio libre con nuestras provincias de Ultramar.

Y en espectáculo tan maravilloso, los limpios pueblos casi serranos al fondo, Montes de Ubrique, de Benahogaz y Grazalema, a lo lejos; cerco blanquísimo de los montones de sal y compitiendo en blancura con ella, "los Puertos": Puerto Real, Puerto de Santa María y la isla de San Fernando, bajo el manto azul purísimo del cielo, y lleno de esa *claridad salada* que cantó certeramente Machado.

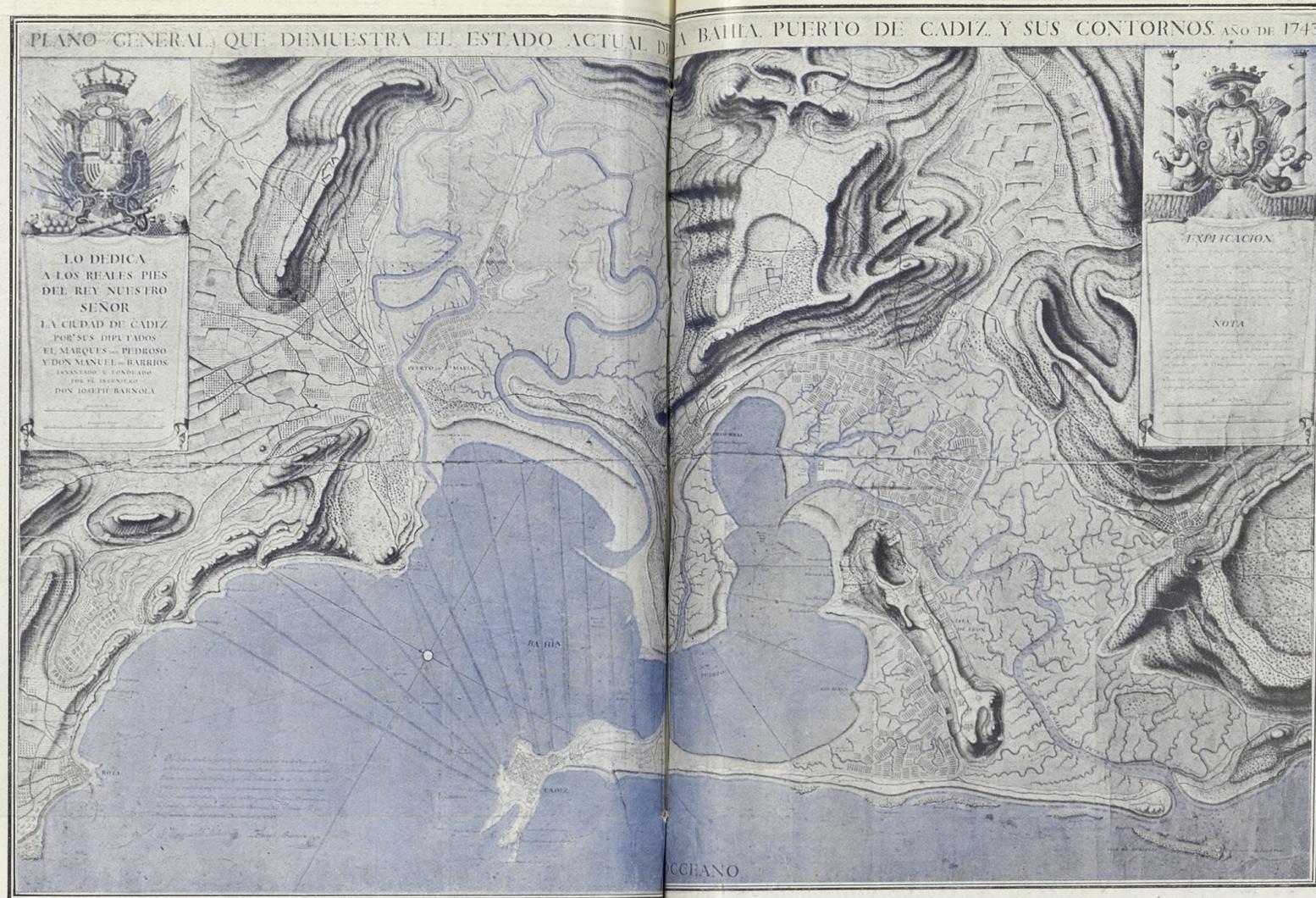
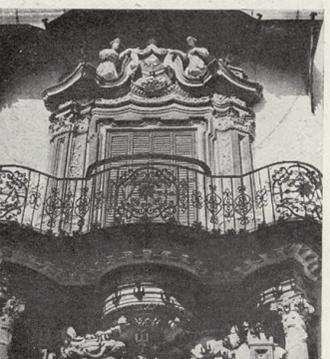
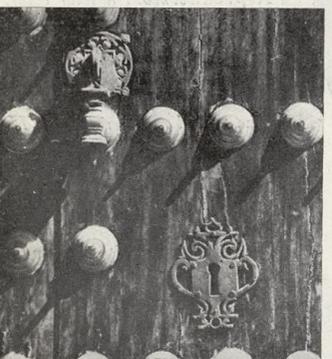
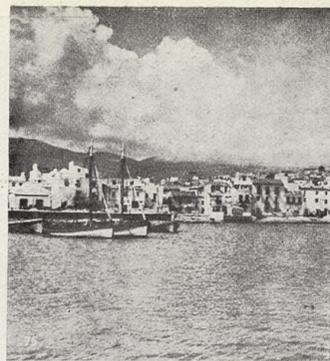
Las casas no quisieron perder nada de esto, y como en puntillas se asoman unas sobre las otras por los "miradores"; esas torres, que le prestan a su arquitectura un sabor único y oriental. Todo en un afán de mirar a la mar y a la bahía, tan ahincada en la vida gaditana, puesta siempre en algo americano, en lo que de Ultramar tenía que venir —parientes, negocios y gloria—, que el catalejo era objeto consustancial de cada familia, y hasta por las celosías de los miradores de las monjitas de Santa María y de la Candelaria, las más de ellas hijas y nietas de marinos, no era



LA MEDALLA DEL PUERTO FRANCO

Reproducimos, a todo color, una vista de Cádiz tomada desde su bahía y el estuche y la medalla del Puerto Franco en la que figura la imagen ecuestre del rey Fernando VII.

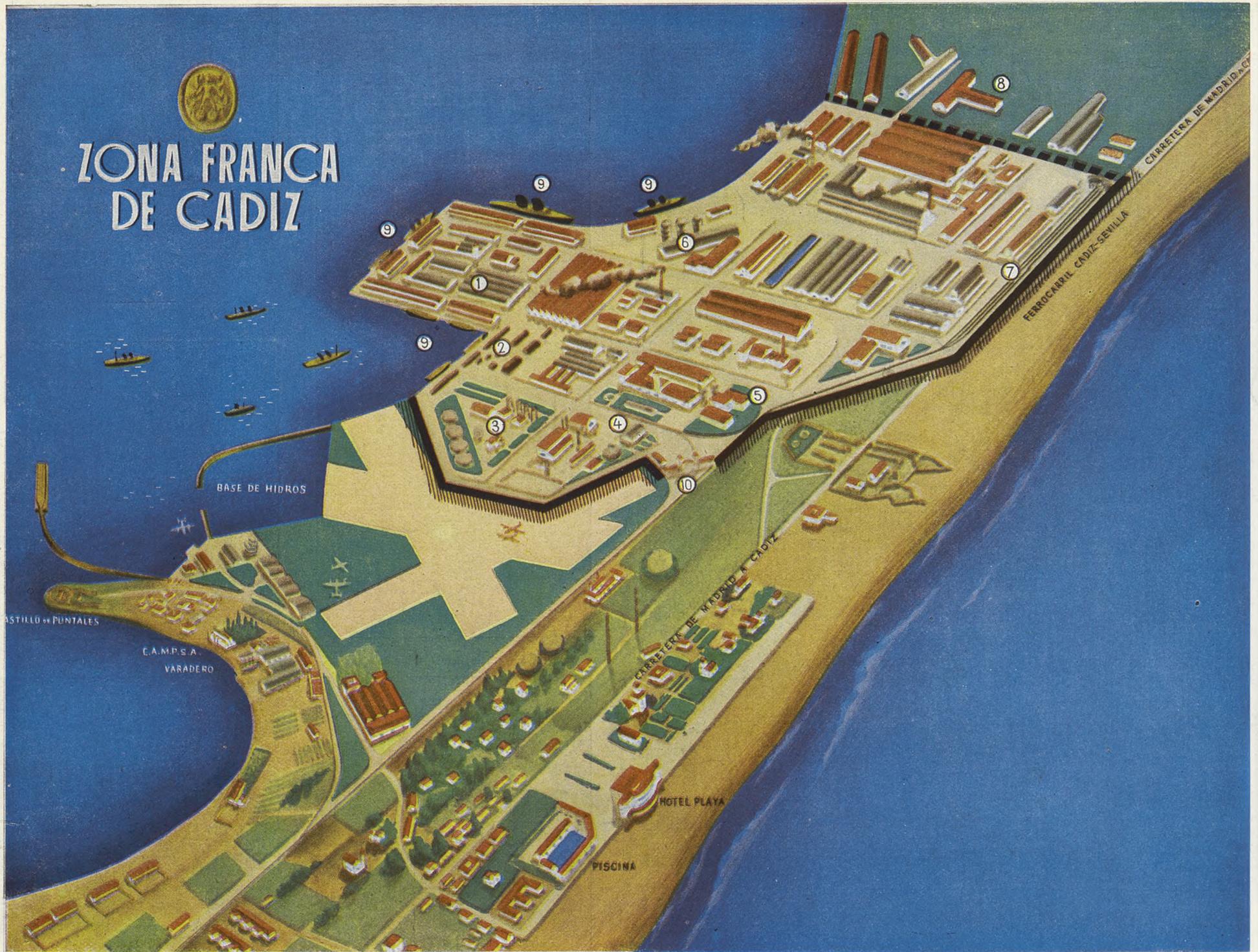




En estas dos páginas reproducimos 24 aspectos de la bella ciudad gaditana y, en el centro,

un antiguo y precioso plano del estado del puerto y de la bahía de Cádiz en el año 1743.





Vista aérea de la zona franca de Cádiz (1948), en la que aparecen: 1. Zona comercial.—2. Depósito de carbones.—3. Refinería de petróleos.—4. Central eléctrica.—5. Edificio administrativo.—6. Silos.—7. Estación de clasificación.—8. Futuras ampliaciones.—9. Muelles de atraque.—10. Entrada al recinto. (Croquis provisional.)

raro ver algún que otro largavista. Galileo no pudo soñar en una consagración tan total de una ciudad a su genial invento, y aun hoy, cara a la entrada de la bahía, existen inefables establecimientos de contratación ante unas cañas de manzanilla, que se llaman *El Telescopio* y *El Anteojo*...

Capital de una región riquísima—Jerez, Puerto de Santa María, Chiclana...—, para Cádiz no existía sino su bahía, y su orondo Cabildo concejil, cuando se dirigía a la Corte, encabezaba sus emperifollados memoriales presumiendo ser sólo *isla de mar rodeada, sin tierra de labranza*.

Esta preocupación portuaria, abandonada en el siglo XIX, les llevó en el XVI a proyectar obras de ingeniería para desviar el río Guadalete, que hoy nos hubieran asombrado, y a comienzos del XVIII incluso se pensó abrir un canal que la uniese al Guadalquivir para ahorrar a las naves que lo remontaban hasta Sevilla el sortear el embrazo de la barra de Sanlúcar; de entonces es este magnífico plano que preside estas líneas.

Y este ansia por el comercio marítimo, que a los gaditanos les venía de los tiempos de Tartessos, hace casi tres mil años, les llevó a pedir el puerto franco, que al fin les llegó en la "Gaceta" de Madrid del 21 de abril de 1829.

Hubo regocijos y monumento perdurable en la linda medalla que

grabó Sagán por cuenta del Ayuntamiento y del Consulado; no faltaron las composiciones poéticas con las odas pindáricas al gusto de entonces, y letrillas de muchas *alegrías*—que es el "cante" por excelencia de allí— recuerdan el entusiasmo.

Hasta la fábrica de loza de Sargadelos lanzó al mercado escribanías, fuentes y vajillas con el tema popular del Puerto Franco...

* * *

No eran tiempos, sin embargo, para aquello; la total independencia de nuestras provincias americanas y el destructor trapicheo político que nos sobrevino, con ministerios de escasa duración, algunos de tan solo un día, redujeron el puerto franco a uno de esos consabidos proyectos "en el papel"...

Ahora ya es otro cantar, y *por alegrías*, en verdad; Dios sabe si la casa de Rivadavia fué el primer puntal, porque yo creo un tanto en el espíritu de las cosas. Bien lo merece Cádiz, que fué el único rincón que no pudieron hollar las tropas de Napoleón, el Coloso en

Europa, cuando la "Tacita de Plata", ¡jella sola!, pudo ser España.

Y dentro de poco, por la magia del, más que protocolo, abrazo Franco-Perón, aquello volverá a ser Cádiz; pero aquel de *cuando*—como decimos los que entrañablemente la queremos y conocemos—*Cádiz era Cádiz*.

J. F. G.



Antigua vista de Cádiz desde Punta de Yaca.